

de la Universidad de Navarra, es especialista en el Cusano, pues había editado y traducido anteriormente otras obras de Nicolás de Cusa: *La visión de Dios*, *El «Possess»* y *La cumbre de la teoría*.

El primero de los diálogos versa sobre la sabiduría eterna que se refleja en todo lo creado, especial y específicamente en el hombre. El contenido de los dos libros sobre la sabiduría se complementa con el diálogo sobre la mente, «viva imagen» del Absoluto. Si los tres primeros libros constituyen una reflexión metafísico-teológica sobre Dios, el mundo y el hombre, el cuarto es un acercamiento experimental al conocimiento de la naturaleza.

Los dialogantes son aparentemente desiguales: el «idiota» como hombre que no pertenece a los círculos intelectuales y no es un experto oficial de la materia de que habla, dialoga con el «orador» o con el «filósofo» y les descubre la verdadera sabiduría. Cuando el Cusano escribe estos diálogos, ya ha descubierto en las fuentes neoplatónicas y ha madurado la clave de su sistema filosófico-teológico: la *docta ignorantia*; también ha escrito ya su *Apología doctae ignorantiae*, que ofrece la perspectiva hermenéutica de todas sus obras.

En estos diálogos subyace igualmente el principio de la *docta ignorantia*, que aparece aquí personificado en el «idiota» que enseña a los oficialmente doctos el camino de la sabiduría.

El libro, mediante su introducción y la claridad lograda en la traducción del texto, acerca al lector de habla española a esta obra del pensador alemán, cuyo contenido —exceptuando el cuarto libro— trasciende la época en que fue escrita y abre también al hombre actual horizontes de sentido.

E. Reinhardt

Richard FLETCHER, *The Barbarian Conversion: From Paganism to Christianity*, Henry Holt, New York 1998 (publicado por Harper Collin, en Inglaterra, con el título *The Conversion of Europe*), 562 pp.

Richard Fletcher, historiador educado en Oxford, y cuyas dos últimas investigaciones sobre la edad media han sido muy elogiadas — *Moorish Spain* y *The Quest for El Cid* que recibió varios premios— se ha propuesto en este libro una tarea ambiciosa: el relato histórico de la conversión de los habitantes de Europa a la fe cristiana en el milenio que va del siglo IV al XIV, porque no fue cambio que ocurrió en un santiamén. Dar una visión de ese largo proceso en un solo volumen parece imposible hasta que uno lo ve realizado con considerable éxito por Fletcher. De camino, además, uno se ve obligado a reformar ideas y prejuicios sobre un fenómeno histórico de importancia extraordinaria. Fletcher limita su investigación a la cristiandad latina, es decir, el oeste y el norte del continente europeo. La tarea de síntesis es inmensa, y evidente la grandeza del tema, pues no se trata sólo de una cuestión religiosa (la conversión) sino también de una cuestión cultural, social, geográfica, económica. El resultado de ese proceso milenario es la civilización occidental europea, y cualquiera que sea la actitud ante «la idea de Europa», se trata de la civilización de nuestro mundo.

A veces podemos tener la impresión de estar en las últimas fases del cristianismo, cuando sería más exacto decir que apenas está empezando. Fletcher cita la opinión, quizá más teórica que otra cosa, del historiador francés Jean Delumeau, que vio en la reforma protestante y en la contrarreforma católica dos movimientos cristianos de interiorización y espiritualización de la fe. La opinión es muy exagerada, o del todo errónea, pero aun así apunta a una verdad cristiana fundamental, el carácter vital de la fe, la verdad como algo vivo y en desarrollo. En el cristianismo cabe siempre la posibilidad de una nueva conversión después de la primera por la que uno es hecho cristiano.

La dificultad de hacer la historia de la conversión es evidente. En primer lugar, ¿qué significa conversión al cristianismo? Desde un punto de vista (sacramental), el bautismo hace el cristiano. Pero ¿es suficiente? Además, ser cristiano



no significaba siempre en la práctica la misma cosa. «Conversión podía significar cosas diferentes para personas diferentes al mismo tiempo. Lo que se exigía del converso podía variar según variaran también las circunstancias o las tácticas o la presión de tiempo disponible o el nivel de recursos morales».

La documentación (Fletcher utiliza sobre todo literatura original) ofrece serios problemas. Está escrita por «profesionales cristianos» (como los llama) y con un objetivo didáctico, lo que significa que hay buena dosis de autocensura; muchas cosas que nos gustaría saber no han sido transmitidas de ninguna manera. La literatura hagiográfica medieval es el ejemplo más claro, aunque Fletcher hace bien en indicar que descartar las vidas de santas y santos como si fueran «credulidad infantil» no lleva a ninguna parte. La misión del historiador es entender el pasado, no mirarlo con arrogancia. Además no es fácil saber exactamente qué significaba realmente ese «paganismo». Es tan complejo saber qué hacía a un bárbaro como qué hacía a un bárbaro recién bautizado.

La idea moderna de conversión religiosa, según Fletcher, deriva en buena parte del famoso estudio de William James sobre *Las variedades de la experiencia religiosa*, donde se entiende la conversión como algo intensamente individual y espiritual. Pensamos inmediatamente en casos como los de San Agustín y San Anselmo, narradores ellos mismos de su conversión. Pero evidentemente no todos eran Agustines y Anselmos los que componen esa «conversión» de los pueblos bárbaros. «La inmensa mayoría de las personas que aceptaron el cristianismo durante el período de nuestro estudio no eran ni letrados ni escritores. Cuando recibieron la fe lo hicieron, en su mayoría, millones y millones de ellos, porque así se lo dijeron o porque nacieron en la fe. Las luchas que experimentaron en el curso de sus vidas, por lo general breves, no eran de tipo espiritual sino más bien las más crudas de las luchas por la subsistencia material —cómo ir tirando en un mundo que carecía de manera crónica de alimento, calor, y salud—».

Casos como los de Agustín y Anselmo son la excepción. No niega Fletcher que hubo sin duda muchos otros individuos con una experiencia espiritual de gran alcance, pero, por lo general, la conversión difería de la convicción personal a la que se llega con estudio y oración. La misma palabra conversión (*conversio*) era usada poco; su uso general indicaba no el paso del paganismo al cristianismo sino la transición a una forma más seria, sincera y dedicada dentro de la fe. Para muchos de estos pueblos bárbaros la fe era algo que «aceptaban» o a lo que se «sometían», es decir, más una operación pasiva que una sincera y sentida conversión individual de mente y corazón. Todo un pueblo podía así aceptar de la noche a la mañana una disposición y conducta más o menos cristiana como parte de la Cristiandad. En más de un caso, observa Fletcher, la adopción del modo cristiano y la consolidación del poder secular iban juntos, de la mano, pero hubo otros «disolventes» del modo antiguo de conducta.

Lejos de ser una religión para víctimas y gente sin cabeza, con disminuida voluntad y poder de acción, como lo vería el pobre Nietzsche, la cristiandad de la última fase de la edad antigua y de la edad media fue muy consciente del gran atractivo que ejercía ante pueblos bárbaros. La cristiandad traía orden, estabilidad, riqueza, y una extraordinaria confianza en las promesas de Dios, que daba sentido a la historia y destino de cada pueblo.

Al acabar este largo y fascinante recorrido de la conversión de los pueblos bárbaros Fletcher puede refutar un viejo prejuicio anticristiano que presenta esos mil años como la edad oscura bajo el poder eclesiástico y tirano de la Iglesia de Roma. Escribe Fletcher: «No se aprecia todavía adecuadamente que la Europa cristiana en la primera parte de la edad media fue rica y bien administrada. La idea, hace tiempo abandonada por los medievalistas, de que la economía medieval era de alguna manera “primitiva” o “subdesarrollada”, todavía tiene vasta aceptación. Pues bien, esa idea no tiene fundamento alguno y merece decirlo así, de la mane-



ra más enfática posible». La Iglesia cristiana aparece como la auténtica matriz de Europa. El fenómeno del paganismo con su falta de unión y disciplina estaba condenado a sucumbir.

Con un estilo ameno, muy apartado de la pedantería académica, Fletcher combina el conocimiento histórico concreto con la visión de conjunto del proceso de cristianización, iluminando la anécdota histórica con su propia intuición de historiador para que podamos contemplar en luz más exacta el fenómeno extraordinario de la creación de la civilización y cultura cristianas de Europa. Intentar una historia así en apenas quinientas páginas siempre tendrá limitaciones; pero, aún así, esta obra resulta indispensable.

Á. de Silva

FRANCISCO DE ASIS, *Floreto de San Francisco* (siglo XV), transcripción de José Martí Mayor y Eva Cardona Recasens, presentación de Antolín Abad Pérez, glosario de Emilio Blanco, Editorial Cisneros, Madrid 1998, XXII+399 pp.

Después de varios intentos de hacer una transcripción literal de esta valiosa obra del siglo XV, un excelente equipo de personas lo ha llevado a cabo con gran calidad. Se trata del famoso *Floreto de San Francisco*, el incunable editado en Sevilla en 1492. Y es la Editorial Cisneros, que ya tiene publicadas varias obras de la Orden Franciscana, la que se ha encargado de esta reciente edición.

Han tenido que pasar muchos años, desde que dos estudiosos españoles del *Floreto* intentaron publicar este documento. El primero fue el P. José María Elizondo, capuchino de la Provincia de Cataluña, quien, en pleno trabajo de investigación, murió en un accidente automovilístico en 1922, dejando sin publicar la obra. Posteriormente, el P. Andrés Ivars, director de «Archivo Ibero-Americano», acometió el estudio del *Floreto*, pero su trabajo también se perdió al ser martirizado en 1936, durante la Guerra Civil española, y toda su documentación desapareció al ser incendiado el edificio y casa del

«Archivo Ibero-Americano». Recién en 1988 el Prof. José Adriano Freitas Carvalho publicó, en la ciudad de Porto, una edición facsimilar del texto de 1492 que se conserva en la Biblioteca Nacional de Lisboa, incluyendo unas interesantes notas de presentación. El texto de Lisboa es uno de los pocos originales que se conservan, otro está en Madrid y hace poco se han descubierto otros dos, uno en Barcelona y otro en Bilbao, y además hay referencias de otros en los Repertorios Bibliográficos.

El *Floreto*, dice el P. Antolín Abad en la presentación de este libro, es «una de esas Compilaciones que surgen en la Orden Franciscana a partir de 1246 y que pretenden recoger los hechos, dichos y ejemplos del Poverello de Asis y de sus primeros compañeros». Como muchas otras compilaciones de la historia de San Francisco, el *Floreto* es anónimo, y sólo se sabe que fue editado por los maestros Men Hungut y Stanislaw Polono, en la ciudad de Sevilla el 24 de agosto de 1492, según aparece en el explicit del texto original. Entre otros datos interesantes de la presentación están: una reconocida mención a los estudios y anteriores intentos de publicación del documento; una breve historia de los principales escritos sobre San Francisco, como las *Leyendas Primeras* y *Segundas* de Tomás de Celano, la *Compilación de Aviñón*, el *Grupo de la Porciúncula*, etc. y su posible relación con nuestra obra; también recoge la trayectoria del *Floreto* en la historiografía y en los repertorios; y un resumen muy bueno del contenido del texto.

Esta obra de San Francisco consta de cuatro partes.

La primera comprende diecisiete capítulos, en los que se narra, según las mismas palabras del texto, «el comienzo o fundamento de la religión e de los fechos en general de aquellos Frayles Menores que fueron los primeros fundadores de la orden de sant Francisco e sus compañeros». Cuenta, por tanto, cómo San Francisco empezó a formar la primera comunidad de frailes, los primeros signos extraordinarios y hechos más destacados de esos comienzos, las pri-